

aceptar cordialmente todo cuanto os suceda como especial disposición y providencia de Dios que os lo envía para vuestro provecho; y de esa manera lo que antes os repugnaba, la fe os lo hará dulce y sabroso. ¿Os dejáis llevar de la curiosidad y deseo de saber todo lo que ocurre en casa ó en la comunidad, y por lo mismo, curáis muy poco de la modestia y silencio que debéis guardar como religiosas? En este caso os conviene traer examen de andar siempre en la presencia de Dios y de hacer todas las cosas como reclama el servicio de tan augusta Majestad; é insensiblemente os habituareis á andar con modestia y recogimiento, y estaréis muy lejos de querer indagar lo que no os atañe. En una palabra, procuremos reformar poco á poco el corazón, y luego quedará todo reformado.

De lo dicho se infiere que, por punto general, da mejor resultado el examen dirigido á adquirir la virtud, que á desarraigar el vicio, porque lo primero es mucho más fácil, breve y eficaz que lo segundo, pues, como dice Casiano, «el librarse de los vicios exige mayor trabajo que el adquirir las virtudes» (1). Y no hay duda en que una vez adquirida la virtud que se desea, queda vencido el vicio contrario, sin haber luchado con él cara á cara, lo cual es muy ventajoso y evita muchos peligros, como el que logra rendir una ciudad por hambre, sin costarle una gota de sangre ni exponerse á un descalabro. Y como, según Santo Tomás, tan estrecha unión y enlace existe entre las virtudes, que adquirida con perfección una de ellas, se obtienen todas las demás (2), se sigue que el traer examen particular sobre una virtud determinada, no sólo es medio eficaz para adquirirla, sino también para lograrlas todas y triunfar de los vicios á ellas opuestos, y esto en menos tiempo, más fácilmente y sin ningún peligro, como hemos dicho. En general, ésta ha

(1) Collat., XIV, cap. 3.

(2) 1. 2, q. 65, art. 1.

sido la práctica de los Santos, señaladamente de San Francisco de Sales, del cual sabemos que la materia de su examen particular fué la mansedumbre, y no la ira, y de San Vicente de Paúl, la humildad, y no la soberbia.

Además, este examen debe concretarse á combatir un solo vicio, ó adquirir una sola virtud, que por eso se llama particular, y conviene que así se haga, porque de esa manera el resultado es mucho más seguro y eficaz que si pretendiéramos desarraigar muchos vicios ó adquirir muchas virtudes á la vez; y el no hacerlo así es causa de que jamás logremos desarraigar del corazón ninguna mala costumbre, sino que hemos de procurar ejercitarnos en una virtud hasta el fin y después emprender otra. Y aun la práctica de la virtud objeto del examen, conviene distribuirla en partes ó grados, é ir poco á poco ejercitándonos en ellos, comenzando por los actos más fáciles de practicar, hasta lograr la perfecta posesión ó adquisición de la misma. Cuanto al tiempo que debe durar este empeño en desarraigar el vicio ó adquirir la virtud opuesta, San Bernardo y Hugo de San Víctor, citados por el P. Rodríguez (1), dicen que se ha de combatir contra un vicio, directa ó indirectamente, hasta que vaya tan de caída, que con facilidad se le pueda reprimir y sujetar á la razón, aunque se emplee en ello mucho tiempo. Esto no debe extrañarnos, ni mucho menos desalentarnos, pues de San Francisco de Sales se lee, que siendo de carácter sobremanera irritable é impetuoso, al cabo de veinte años de lucha logró dominar y vencer esta pasión, de tal suerte, que la dulzura y mansedumbre llegaron á constituir su carácter distintivo (2). Después de veinticinco años de continuo examen sobre la humildad, logró también San Vicente de Paúl arraigarla profundamente en

(1) Part. I, trat. VII, cap. 6.

(2) Nepueu, Pens. crist., tom. IV.